

cadras con su propio cabello para demostrar su consideracion (1). En Francia, en los siglos v y vi, era costumbre arrancarse algunos pelos de la barba y ofrecerlos á un superior al acercarse á él; y sucedía de tiempo en tiempo que un soberano se conformara con esta costumbre como muestra de condescendencia; por ejemplo, se vé á Clovis gozoso con recibir la visita del arzobispo de Tolosa, darle un pelo de su barba, y las personas de su séquito le imitaron (2). Más tarde, la significacion de la costumbre se vuelve oscura merced á la abreviacion de la ceremonia: en los tiempos de la caballería, una de las maneras de atestiguar á alguno su respeto, consistía en tirar de su bigote.

Ya, al hablar de los trofeos, observamos que los trofeos fallicos grandes y pequeños, toman la misma significacion que los demás, lo que nos ha puesto en la pista de una explicacion de las mutilaciones de que luego hablaremos. Vimos que cuando en lugar de matar al vencido se le conservaba la vida para reducirle á la esclavitud, el vencedor estaba en la necesidad de no tomar de la persona del vencido sino aquellos trofeos que no pusieran en peligro su vida ni fuesen muy perjudiciales. Por esta razon, en lugar de arrancarle la mandíbula, se contentaba con arrancarle algunos dientes; en lugar de cortarle la mano, se le cortaban dedos; en lugar de arrancarles el cuero cabelludo, se le cortaban los cabellos. De la misma manera, en el caso que nos ocupa, la mutilacion grave cedió su lugar á una mutilacion de la misma índole, pero que no disminuía gravemente ó en ninguna manera el valor del enemigo reducido á esclavitud.

Nada hallo que pruebe directamente que la práctica de la castracion tenga su origen en la costumbre de tomar trofeos; pero existe una prueba directa de que en ciertos casos algunos prisioneros fueron tratados como si se hubiese querido cortarles trofeos de este género. Leemos en Gibbon, que Theobaldo, marqués de Spoleto, «hacia castrar sin compasion... á sus prisioneros (3).» Otra razon tenemos para creer que la castracion fué antiguamente un sacrificio obligatorio en honor al vencedor; ésta es la de que hallamos un sacrificio análogo hecho á una divinidad. En las fiestas anuales de la diosa frigia Amma (Agdistis), «era costumbre en los jóvenes hacerse á sí propios eunucos con una

(1) Capt. Cook, I, 466.

(2) Guizot. *Collection des memoires relatifs á l'histoire de France*. Paris, 1823, I.

(3) Gibbon. *History of the Decline, etc.* 987.

concha cortante; y exclamaban al mismo tiempo: «recibe esta ofrenda, Agdistis (1).» Una práctica análoga existía entre los Fenicios (2), y Brinton habla de una mutilacion cruel que los antiguos sacerdotes mejicanos se inferían á sí propios y que parece haber comprendido la castracion (3). Esta costumbre, una vez convertida en un medio de denotar la dependencia, como muchas costumbres ceremoniales, sobrevivió en ciertos casos en los cuales se perdió su significacion. Los Hotentotes imponen una semi-castracion á la edad de ocho á nueve años aproximadamente (4), y una costumbre análoga existe entre los Australianos.

Naturalmente, en esta clase de mutilaciones las ménos graves son aquellas cuya costumbre se generaliza más. Se halla la circuncision entre las razas sin lazo de parentesco en todas las partes del mundo; entre los Malayo-polinesios de Tahiti, en las islas Tonga, en Madagascar: entre los Negritos de Nueva Caledonia y de las islas Fiji; entre los pueblos de África, lo mismo en la costa que en el interior, desde el Norte de Abisinia hasta el Sud de Cafreria; en América, entre algunas razas mejicanas, en el Yucatan, y entre los naturales de San Salvador (5); volvemos á encontrarla hasta en Australia. Aunque no supiéramos, por el testimonio de sus monumentos, que los Egipcios practicaban esta operacion desde los tiempos más remotos, y aun cuando no tuviéramos motivos para creer que era de uso general entre los pueblos árabes, bastaríanos con saber que la práctica de la circuncision no es exclusivamente un hecho propio de un país ó de una raza, para repudiar la explicacion que los teólogos nos dan de ella. Estos se descartan por sí mismos muy cómodamente de otra interpretacion que se da con harta frecuencia; en efecto, el exámen de los hechos prueba que si no reina esta costumbre entre las razas más limpias del mundo, es comun á las más desarrolladas. Por el contrario, los hechos tomados en conjunto concuerdan con la teoría general á la que sirven de comprobante.

Se ha visto entre los Abisinios, que desde la época más remota cada guerrero presentaba á su jefe el trofeo adquirido del cuerpo de un enemigo muerto, por medio de la circuncision, y que todos estos trofeos recogidos despues de la

(1) Prof. Max Duncker. *The History of Antiquity*, I, 531.

(2) Movers. *Die Phönizier*, 1841.

(3) D. G. Brinton. *The Myths of the New World*. New-York, 1868.

(4) P. Kolben. *Present State of the Cape of Good Hope*. London, 1831, I, 112.

(5) W. Gifford Palgrave. *Narrative of a Year's Journey through Central and Eastern Arabia*. London, 1865, 87.

batalla, se ofrecían en definitiva al rey. Si se reduce á esclavitud al enemigo vencido en vez de matarle, y si los guerreros que le vencieron no por ello dejan de ofrecer á sus jefes las pruebas de su valor, aparecerá la práctica de circuncidar á los prisioneros vivos y servirá para ponerles la señal de los subyugados. Se vislumbra otra consecuencia. Puesto que es un medio de captar el favor del jefe y del rey el de llevarles estos trofeos tomados al enemigo, y que, según las creencias primitivas, todo lo que complacia sumamente al hombre vivo place también al espíritu del hombre muerto, empezárase á ofrecer este género de trofeos al espíritu del soberano fallecido. Puesto que en una sociedad militar gobernada por un déspota absoluto, dios por origen y por propia naturaleza, este déspota, propietario de la totalidad de la población, exige que ésta lleve esa señal de servidumbre; y que más tarde, después de su muerte, su temido espíritu reclama sacrificios propiciatorios imperiosamente; puede preverse que entonces la costumbre de ofrecer al rey este género de trofeos cortados á los enemigos esclavizados, se transformará en otra costumbre, la de ofrecer al dios los mismos trofeos cortados á todas las generaciones de ciudadanos varones, como medio de reconocer el lazo de esclavitud que á él les une. Además, cuando Mövers nos enseña que la circuncisión era en los Fenicios «un distintivo de consagración á Saturno,» y que tenemos la prueba de que desde la más remota antigüedad, los naturales de San Salvador practicaban la circuncisión «á la manera de los Judíos, ofreciendo á un ídolo la sangre,» comprobamos que nuestras previsiones concuerdan con la realidad.

Existe una prueba cierta de que esta interpretación se aplica á la costumbre, tal como la Biblia nos la da á conocer. Vimos ya que los antiguos Hebreos, lo mismo que los modernos Abisinios, tenían la costumbre de adquirir trofeos de una manera que obligaba á mutilar al enemigo muerto, y para unos y para otros, resulta de ello que el vencido no condenado á muerte, pero prisionero, sufrirá esta mutilación como el signo de la sujeción. Todos los hechos prueban que la circuncisión era entre los Hebreos el sello de la sujeción. Sabemos que entre los actuales Beduinos, como nos lo afirma M. Palgrave, no se considera á Dios de otro modo que como á un poderoso soberano viviente, y esto nos explica la ceremonia que hacía de la circuncisión el sello de la alianza entre Dios y Abraham. Esto nos explica también dos cosas: primeramente, que en consideración al territorio que iba á recibir, la mutilación á la cual Abraham se sometía, quería decir que «el Señor» iba «á ser un dios para él;» y luego, que la señal de la alianza no sería llevada exclusivamente por los descendientes á título de individuos en posesión del favor divino, sino también por

los esclavos no nacidos de Abraham. En fin; cuando se recuerda que en las creencias primitivas el duplicado del potentado muerto que se aparece, no se distingue en nada del potentado vivo, se llega á explicar una tradición consignada en el *Exodo*, la cual sin esto continuaría siendo rara, tradición que nos presenta á Dios irritado contra Moisés porque no circuncidó á su hijo. «Luego sucedió que estando Moisés en una posada, el Señor le encontró y trató de hacerle morir. Y Sefora tomó una piedra afilada y cortó el prepucio de su hijo y lo echó á sus piés.» Lo que demuestra que la circuncisión entre los Judíos era la señal de la dependencia de Jahveh, es que, bajo la dominación de un dueño extranjero, Antíoco, que introdujo dioses extranjeros entre aquéllos, fué prohibida la circuncisión y se condenó á muerte á los Judíos que negaban á éstos la obediencia. Por el contrario, cuando Matatías y sus amigos fieles al dios de sus mayores, se insurreccionaron contra una dominación y un culto extranjeros, recorrieron el país, destruyeron los altares y circuncidaron á todos los niños que hallaron dentro los límites de Israel, obrando enérgicamente. Añadamos que Hyrcan, después de haber subyugado á los Idumeos, impúsoles la obligación de someterse á la circuncisión ó de abandonar el país (1). Aristóbulo impuso igualmente la señal de la alianza al pueblo vencido de Iturea (2).

Hé aquí hechos que son la recíproca, los cuales concuerdan con nuestras ideas. Tuitonga (el gran jefe divino de Tonga) no está circuncidado como lo están todos los demás hombres; no dependiendo de nadie, tampoco lleva el sello de la dependencia (3). Podemos añadir que algunas tribus que pertenecen á razas entre las cuales se practica la circuncisión por regla general, no están circuncidadas cuando no están sujetas. Rohlfo cita tribus bereberes de Marruecos que tienen este carácter, y añade: «Estas tribus no circuncidadas habitan las montañas del Riff... Todos los montañeses del Riff comen jabalí, á pesar de los preceptos del Corán (4).»

Las mutilaciones que suponen pérdida de carne, hueso, piel ó pelo, no son las únicas de que tenemos que hablar; existen otras que no suponen sustracción de una parte del cuerpo, ó por lo ménos una sustracción permanente. Podemos citar desde luego la que consiste en el sacrificio de una parte líquida del cuerpo.

(1) Josphe. *Antiquités*.

(2) Id. id.

(3) W. Mariner. *Account of Native of the Tonga Islands*. London, 1818, II, 79.(4) Gerhard Rohl. *Adventures in Morocco*. London, 1874, 45.

La efusion de sangre, como mutilacion, tiene un origen que se parece al de las demás mutilaciones. Si no viéramos que ciertas tribus no civilizadas, los Samoydos por ejemplo, beben sangre caliente de los animales, y que, entre ciertos caníbales de nuestros tiempos, los Fijianos por ejemplo, se bebe la sangre de las víctimas humanas, vivas aun, no podría creerse que la ceremonia consistente en ofrecer sangre á un espíritu y á un dios, deriva de la efusion de sangre de un enemigo vencido. Pero cuando al relato de estos horrores añadamos el de las atrocidades análogas que cometen los salvajes, las que se acostumbra entre los cafres amapondas por ejemplo, conforme á las cuales «el jefe reinante, al hacerse cargo del poder, debe bañarse en la sangre de un pariente cercano, un hermano por regla general, que se mata en semejante ocasion (1);» en fin, si admitimos que antes de los comienzos de la civilizacion, los gustos y las costumbres sanguinarias, hoy excepcionales, eran universales probablemente, podemos creer que la bebida sangrienta del canibal vencedor dió origen á diferentes clases de ofrendas de sangre, y en todo caso á la de la sangre sacada de las víctimas inmoladas. Quizás seria conveniente explicar la clase de los sacrificios de sangre sacada de personas vivientes; pero los que no pueden explicarse así, se explican como consecuencias de una costumbre muy generalizada que consiste en un pacto de alianza sagrada que entraña obligaciones recíprocas entre dos personas vivientes, pacto que se celebra con el mútuo trueque de su sangre: la idea que de esto se deriva es la de que las personas que dan un poco de su sangre al espíritu del hombre justo muerto y que vaga por la vecindad, contratan con él una union que implica por una parte una sumision y por otra disposiciones amistosas.

Esta hipótesis nos proporciona un medio para explicar por qué se hallan en tantos puntos actos fúnebres que consisten en verter voluntariamente su propia sangre, y no solamente entre los salvajes; se les conocia entre los antiguos y en pueblos civilizados en parte, tales como los Judíos, los Griegos, los Hunos y los Turcos. Vemos cómo ritos análogos se forman y convierten en actos de propiciacion permanentes dedicados á espíritus más temidos que los demás que se hacen dioses; tales son los sacrificios de sangre, ya sacada de víctimas condenadas á muerte, ya del mismo cuerpo del adorador, ya del de sus hijos recién nacidos, los sacrificios que los Mejicanos ofrecian á los ídolos de sus divinidades caníbales; tales son tambien los sacrificios de sangre que

(1) Capt. A. T. Gardiner. *Narrative of a Journey to the Zoolu Country*. London, 1836.

motivaban los chirlos que á sí mismos se inferian los sacerdotes de Baal; y en fin, los que tambien se hacian á veces para apaciguar á Jahveh, por ejemplo, los ochenta individuos que vinieron de Sichein, Siloé y Samaria. Además, los ejemplos en que se vé usada la sangría como acto de política en las relaciones sociales, dejan de ser inexplicables. Durante la ceremonia de un casamiento, en Samoa, los amigos de la novia, para atestiguar su respeto, «cojieron piedras y golpeáronse con ellas hasta magullarse la cabeza y llenársela de sangre (1).» «Cuando los Indios de Patouchan, América Central, reciben amigos nuevos... se sacan sangre de debajo de los ojos, y en prueba de su amistad... de la lengua, de la mano, del brazo ó de alguna otra parte (2).» Finalmente, leo en una carta que Mr. Foster, agente general de la Nueva Gales del Sud, me escribe, que éste vió una madre australiana, al volver á encontrar á su hijo tras una ausencia de seis meses, tajarle la cara con un palo puntiagudo «hasta manar sangre.»

Las incisiones dejan cicatrices. Si los sacrificios sangrientos que las determinan se ofrecen por los parientes al espíritu de una persona de una categoría ordinaria, no es probable que estas cicatrices tengan ninguna significacion duradera; por el contrario, si constituyen un acto de propiciacion hácia un jefe muerto, no realizado por parientes tan solo, sino por miembros de la tribu con quienes no les une ningun vínculo de parentesco, que le temian, y temen su espíritu, estos sacrificios se convierten, como las demás mutilaciones, en señales de sujecion. Los Hunos, que «en los funerales de Atila cruzábanse la cara con heridas profundas (3),» y los Turcos que se inferian igual tratamiento en los funerales de sus reyes, se imprimian con ello señales que les daban más tarde á conocer por los servidores de sus soberanos respectivos. Lo mismo pasaba con los Lacedemonios, que «al morir su rey tenían la bárbara costumbre de reunirse en gran número, y allí, hombres, mujeres, esclavos, mezclados unos con otros, desgarrábanse la piel de la frente con agujas y alfileres... para agradar á los espíritus de los muertos (4).» Estas costumbres tendian á veces á otros resultados. Despues de la apoteosis de algun rey ilustre que debia á sus conquistas la consideracion de fundador de la nacion, las señales que sus con-

(1) Rev. W. Turner. *Nineteen Years, etc.*, 187.

(2) Pierre Marthyr. *De rebus oceanicis et novo orbe Decades tres*, 338.

(3) Jornandes.

(4) Potter. *Archæologica Græca*. II, 2, 4.